

LA PEDAGOGÍA DE JESÚS

Margarita María Niño Torres

Colombia

2012

Motivación

Como maestra de toda la vida y lectora del Libro de Urantia en los últimos años, quiero comunicar a todos los participantes en este Congreso algunas ideas sobre la pedagogía de Jesús.

Si a pesar de toda la lucha en contra de la expansión de sus enseñanzas, éstas han sobrevivido y siguen atrayendo la atención y el amor de muchos, a mí, que he experimentado el vacío del olvido de mis enseñanzas por parte de mis alumnos, me ha surgido siempre la pregunta:

¿Cuáles fueron los principios pedagógicos sobre los cuales Jesús desarrolló su vida como Maestro en nuestro mundo?

Con el mayor detalle que el libro de Urantia nos brinda de la vida y obra de Jesús, el Hijo del Hombre sobre la tierra, he extraído los siguientes aspectos que con afecto fraternal me permito exponer a ustedes aquí.

Tomando elementos del libro de Urantia, podemos identificar claramente algunas de esas normas fundamentales que penetran su acción educativa, tanto aquéllas que Él recomienda expresamente a sus apóstoles como otras que inferimos de hechos de su vida.

Enfocaremos dos partes de la pedagogía de Jesús, a saber:

El objetivo humano de la educación que impartía y los métodos que utilizaba para lograrlo.

1. Comencemos por identificar el objetivo humano de la educación que buscaba transmitir Jesús a quienes lo seguían:

Después de la ordenación de los doce, Jesús accedió al pedido de sus atemorizados lugartenientes de diferir el viaje a Jerusalén para comenzar el trabajo directo, y continuó con ellos una semana más en Galilea, respondiendo a sus preguntas y explicando de diferentes maneras la esencia de la misión que acababa de poner en sus manos: ser los continuadores de su propia labor de revelar a los hombres el conocimiento del Padre y de conducirlos a tomar conciencia, por la fe, de la realidad de ser hijos de ese Padre. El jueves, después del día de descanso intermedio, viendo que ellos no asimilaban completamente sus enseñanzas, decidió reforzar los aspectos fundamentales a Pedro, Santiago y Juan, para que ellos, a su vez, transmitieran su mejor entendimiento, con sus propias palabras, a sus compañeros.

En este curso tan especial y dedicado, además de advertir a los tres sobre las acciones y actitudes que deberían asumir en los aspectos políticos, en los asuntos económicos, en los relativos a la religión personal y en los temas sociales, Jesús ubicó a la familia como la base de las enseñanzas sobre Dios. Sin embargo, el texto aclara que la familia es una institución que no sobrevive a la muerte, pero que, sin ninguna duda, mientras vivimos en la carne mortal, desempeña un papel privilegiado para generar en los primeros años de vida las mejores capacidades de respuesta a las enseñanzas sobre el Padre y el Universo (Doc. 140, pág. 1581).

Dos documentos adelante encontramos la "lección sobre la familia" en Betania, donde Jesús expuso la idea de que la figura de un Reino no era la mejor forma de ilustrar a los hombres acerca de las relaciones con el Padre. "Dijo Jesús: 'Los pueblos de otra era comprenderán mejor el evangelio del reino cuando se lo presente en términos de la relación familiar, cuando el hombre comprenda la religión como la enseñanza de la paternidad de Dios y la hermandad de los hombres, la filiación con Dios'."

Después de explicar los siete fundamentos de la vida familiar, todos ellos referidos a las condiciones humanas de los padres y del ambiente familiar, el Maestro habló durante horas de la aplicación de tales características a las relaciones del hombre, el hijo terrestre, con Dios, el Padre del Paraíso (Doc. 142 págs. 1603-1604).

Si adelantamos la lectura del Libro de Urantia al miércoles inmediatamente anterior a la muerte de Jesús y escuchamos su conversación con Juan Marcos, el jovencito decidido que logró con su grande y sincero deseo y con la osadía de pedirlo, acompañar a Jesús que quería subir al monte para estar a solas y comulgar con su Padre, nos encontramos con un diálogo dedicado íntegramente al tema de la influencia de la familia en los años de infancia y adolescencia de los hijos. En este diálogo Jesús hace hincapié en el efecto que unos padres que se aman, que aman a sus hijos sin mimarlos en exceso y que llegado el momento confían en ellos y les permiten asumir riesgos, tienen sobre las mentes de los niños que se forman en un hogar así: "La vida subsiguiente del niño será feliz o infeliz, fácil o difícil, según haya sido su vida mental y emocional temprana, condicionada por estas relaciones sociales y espirituales del hogar..." (Doc. 177, pág. 1922).

De estos tres momentos específicos y de muchos de los ejemplos con los cuales trataba de ilustrar el amor, la misericordia, la providencia del Padre, se puede deducir que, en cuanto a educación humana se refiere, Jesús buscaba formar en sus seguidores hombres y mujeres que llegaran a ser padres y madres capaces de criar a sus hijos de manera tal que la nueva generación pudiera encontrar sin dificultad el camino hacia la elección libre de la fe y de la relación personal con Dios.

Claro que Jesús invitaba a todos sus oyentes a entrar al Reino del Padre, esa era su labor directa; pero su acción pedagógica buscaba lograr la madurez humana que los convirtiera en padres equilibrados y amantes que facilitaran el camino de la libertad a sus hijos, para que en su momento esos hijos, sin el peso en contra de una experiencia familiar cruel, triste, excesivamente controlada o excesivamente mimada y egocéntrica, pudieran tomar la decisión vital de aceptar la filiación divina.

Esta insistencia de Jesús en el desempeño apropiado de los progenitores, presenta una coherencia total con lo que leemos en el documento relativo a los mundos de estancia, en cuanto a la exigencia que se hace a los mortales ascendentes de vivir la experiencia humana de crianza de hijos propios o ajenos, experiencia que incluye la dirección y sostenimiento de los mismos hasta la pubertad (Doc. 47, pág. 531).

2. Concentrémonos ahora en los métodos del Maestro.

En Edrei, durante la gira por la Decápolis, Jesús expresó algunos principios de su pedagogía en la instrucción que dio a maestros y creyentes. Estos principios básicos expresados por el Maestro fueron:

Respeto a la personalidad del hombre. Nunca forzar a ningún oyente a avanzar por el camino de la fe. No emplear argumentos avasalladores ni superioridad mental para obligar a hombres o mujeres a entrar al reino.

Nunca menoscabar ni herir el autorrespeto de los oyentes. Si el hombre pierde el respeto y la estimación de sí mismo, se deprime, se aleja de la aceptación de la verdad de su nobilísimo linaje como hijo de Dios. Jesús nunca hizo burla de ninguno de sus oyentes y seguidores, aunque a veces sus preguntas fueran tontas o denotaran una total falta de comprensión de sus palabras.

Evitar el atemorizar para lograr que hombres y mujeres entren al reino. Es una práctica despreciable la de presionar a alguien con amenazas de castigo para que acepte la verdad que se le quiere enseñar.

Enseñar que las sensaciones fuertes y las grandes emociones no son sinónimo de la guía del espíritu de Dios. No por sentirse emocionado en medio de una multitud que escucha un mensaje de consuelo y que vibra emocionalmente a los llamados a la oración o a los cánticos de alabanza, se puede asegurar que tales sentimientos exaltados representen la fe y, sobre todo, la verdad de que Dios está dentro de quien así se emociona.

Hablar claramente de los conflictos que será siempre necesario superar para lograr una verdadera vida espiritual. Mostrar que la lucha de los que entran al reino es una sola: la lucha de la fe, la batalla contra la duda y la incredulidad. Si bien Dios no obliga ni fuerza a nadie a creer en su amorosa paternidad, no por esto es alguien débil que se deja engañar por palabras vacías. El crecimiento de la vida espiritual supone muchas luchas con la vida en la carne y sus apegos, costumbres y exigencias. Es un camino largo de recorrer, pero que se va iluminando a medida que la luz de la fe ayuda a avanzar a quien busca sinceramente encontrar a Dios.

Enseñar el evangelio es enseñar la amistad con Dios. Mostrar que Dios es realmente una persona a quien el hombre honesto puede encontrar y con quien puede establecer una verdadera amistad, es la mejor manera de conquistar para la vida de la fe.

Proclamar el evangelio como un mensaje de buenas noticias que llena la mente de entusiasmo y buen humor. Si la enseñanza del evangelio que el Maestro transmitió a sus apóstoles y discípulos tiene como resultado un acrecentamiento del temor, o angustia o cualquier otro sentimiento de

opresión, sin duda sucede una de dos cosas: o el que enseña se ha alejado de los principios pedagógicos de Jesús, principios que por su naturaleza solamente pueden conducir al incremento de la alegría y ánimo de vivir, o el discípulo quiere hacer coincidir sus propios equivocados pensamientos y prácticas respecto a la vida espiritual, sin modificarlos, con las enseñanzas de Jesús. Tal incoherencia solo puede llevar a un profundo desequilibrio mental y espiritual.

Enseñar a los creyentes que no deben apoyarse en las tablas inseguras de la falsa compasión. Quien enseña no debe autocompadecerse ni entrar en la práctica engañosa de compartir pesares. Es una retorcida costumbre esa de convertir la curiosidad morbosa propia o ajena en una falsa piedad que lleva a muchos a escuchar con gran atención las narraciones de pesares y situaciones deplorables de otros, o a expresar los propios con profusión de detalles.

No brindar consuelo a los que sucumben a sus problemas sin luchar. Consolar a quien simplemente sufre las consecuencias de sus propios actos o de sus omisiones diciéndole que tales sucesos son enviados por Dios, es consolar con una gran falsedad. Dios no manda los males. Estos son generalmente consecuencias de los actos de quien los sufre, y algunas veces pueden ser accidentes de los cuales no se puede culpar ni a Dios ni a nadie.

Explicar que la fe no previene los problemas pero sí ayuda al creyente a enfrentarlos sin miedo. Cuando llegan problemas y sufrimientos a quien cree, el consuelo de la fe es el consuelo de saber que el Padre conoce tales circunstancias dolorosas y, sin duda ninguna, estará cerca para ayudar a encontrar el camino para superarlos (Doc. 159, pág. 1765).

En muchísimas ocasiones y con motivos muy diversos, Jesús fue haciendo visibles a los hombres de todos los tiempos los elementos de su metodología educativa, siempre orientada al crecimiento mental y espiritual de sus oyentes y, como consecuencia inmediata de ese crecimiento, llevándolos a la obtención de una nueva alegría de vivir, no dependiente de circunstancias económicas ni sociales ni políticas, sino solamente del profundo sentido de la filiación divina.

Este breve resumen de la pedagogía de Jesús, quien departía alegremente con la gente común y no despreciaba a los poderosos, quien usaba siempre el lenguaje sencillo, de modo que sus oyentes pudieran comprenderlo, quien delegaba fácilmente en quienes comprendían mejor las verdades eternas, la tarea de enseñar a los que no entendían pero podrían hacerlo escuchando a sus compañeros..., este resumen, digo, puede ser ampliado por cada lector del Libro de Urantia que se proponga tomar nota de esas actitudes, palabras, sonrisas y buen humor demostrado por el Maestro a su paso por nuestro mundo.